

DISCURSO DE RECEPCIÓN

DON ANDRÉS BIANCHI LARRE

COMO MIEMBRO DE NÚMERO

por

Enrique Barros Bourie

Académico de Número

He recibido con mucho agrado el encargo de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile de acoger como miembro de número a mi estimado amigo Andrés Bianchi Larre. Independiente, al costo de que unos y otros lo consideren de alguna tribu diferente y ninguno de la propia. Lúcido e imaginativo, pero al mismo tiempo racional y atento a la evidencia empírica. De naturaleza tolerante y comprensiva, porque siempre se pone en la situación de asumir la posición del otro; esta es una cualidad que ha devenido extraña en una época en que la tolerancia garantizada por nuestro orden constitucional no suele estar correspondida por una actitud espiritual de genuino respeto hacia las creencias. Joven de espíritu, entusiasta de la vida y esperanzado a toda edad. En nuestro nuevo académico convergen muchas calidades y virtudes que suelen andar por separado en nuestras vidas.

Proveniente de la antigua Valdivia, esa anterior al terremoto, hizo sus primeros diez años de estudio en el Instituto Alemán Carlos Anwandter, un establecimiento de mucho carácter, ligado a la historia de esa ciudad y que este año ha cumplido siglo y medio de existencia. Llegado a Santiago, obtuvo su bachillerato en letras en el Instituto Nacional. Luego, en una secuencia que sigue siendo usual hasta estos días, estudió derecho en la Universidad de Chile. Culminó su formación intelectual con estudios de economía en una universidad de primer nivel en Estados Unidos. Revisando estos datos biográficos, encuentro que muchas de las características personales están influidas por esta ruta desafiante: la temprana formación lógica y en la autodisciplina en la niñez, el enfrentamiento en la temprana adolescencia con el espíritu republicano, su formación jurídica y su posterior dedicación académica y profesional a la economía.

Es sintomático que Andrés Bianchi haya elegido como lugar para su recepción como miembro académico esta Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, en que se graduó como licenciado en derecho. Ocurre que en ella también se despertó su interés por la economía. Fue parte de un grupo muy destacado de ayudantes de Alberto Baltra, en la época en que la teoría económica empezaba a tener una entidad

¹Discurso de Recepción pronunciado el 21 de agosto de 2008, con motivo de la incorporación como Académico de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales de D. Andrés Bianchi Larre.

enteramente propia en la Facultad. La particular sensibilidad de Andrés Bianchi por las instituciones está basada en su comprensión del derecho, como lo muestra su destacada vida pública y académica.

Entre el derecho y la economía hay muchas relaciones. Adam Smith, que era profesor de derecho, probablemente no habría logrado formular una teoría tan refinada del funcionamiento del mercado y de la sociedad civil si no hubiera tenido en el trasfondo un marco jurídico bien articulado. Hoy, el análisis económico de las instituciones jurídicas es un desafío en todas las disciplinas del derecho. A la inversa el derecho suele poner límites al pensamiento puramente estratégico de la economía.

En estos tiempos de temprana especialización, es difícil imaginar que alguien obtenga una buena formación en ambas disciplinas. No fue el caso de Andrés Bianchi, quien luego de sus estudios en esta Facultad completó su formación en la Universidad de Yale, donde luego de obtener su master en economía, fue instructor de teoría económica y realizó cursos de doctorado. Así quedó completada su metamorfosis académica, que en adelante lo define como un economista con formación jurídica. A su regreso a Chile, su vida académica se centró en las estadísticas, que obligan a mirar los hechos duros, antes de incorporarse como director del programa regional de empleo de la CEPAL. Luego de una estadía de dos años como profesor visitante en Princeton, queda concluida la primera etapa académica de su vida profesional, a la que sucede su época como funcionario internacional.

Aquellos fueron tiempos de disputas intensas en el pensamiento económico. La revolución cubana, a la que nuestro nuevo académico había dedicado sus primeros intereses académicos en la Facultad de Derecho; el pensamiento estructuralista y la teoría de la dependencia ponían en duda que una economía abierta, ordenada en torno a instituciones de derecho privado, como la propiedad y el contrato, pudiera conducir al desarrollo. Es una época en que coexisten las ideologías políticas más delirantes con modelos económicos constructivistas.

En tiempos en que las políticas económicas en Chile pasaron a estar dirigidas por el paradigma inverso, Andrés Bianchi fue asesor de la División de Desarrollo Económico y luego Director de Desarrollo Económico de CEPAL, sucediendo a Aníbal Pinto, terminando en el segundo lugar jerárquico del organismo, el más alto al que puede por tradición aspirar un chileno.

Una organización que había desarrollado una fuerte doctrina propia sobre el desarrollo comenzó a soportar en esa época un debate interno, que, con el correr del tiempo, resultó muy provechoso para las convicciones macroeconómicas que siguieron al retorno a la democracia. Es la época en que sostienen un nuevo concepto de desarrollo economistas que luego fueron tan influyentes en la consolidación de una economía abierta al mundo, como Nicolás Eyzaguirre, Osvaldo Rosales y Roberto Zahler. Sólo una personalidad de la lucidez y apertura intelectual de nuestro nuevo

académico podía dirigir un proceso de revisión de la propia doctrina de la CEPAL, en un clima refrescante de tolerancia y de atención a la evidencia empírica respecto de lo que ocurría en Chile, en el continente y también en Asia y otros lugares.

Conocí a Andrés Bianchi en los años 80, durante la primera etapa de la transición. Participábamos de un grupo que nos reunía mensualmente bajo la eficiente coordinación de Cristián Eyzaguirre J. Fue una especie de observatorio de esa época fascinante de nuestra historia, en que participaban profesionales e intelectuales preocupados de que en Chile pasara más o menos lo que efectivamente pasó en los años que siguieron al restablecimiento de la democracia. Es sintomático que poco antes del plebiscito hiciéramos una votación secreta entre nosotros y se haya producido un virtual empate entre el Sí y el No. Pero nunca se escuchó en ese grupo una descalificación, sino argumentos que expresaban esperanzas o temores. Andrés Bianchi era un analista lúcido que siempre expandía el horizonte de la discusión hacia nuestras tareas como país, con un espíritu libre y analítico a toda prueba. Fue ese uno de los muchos grupos que forjaron un entendimiento básico de las elites que luego resultó crucial en nuestra exitosa transición política.

Precisamente con ocasión del inicio de esa transición le correspondió asumir su primera responsabilidad pública de primer orden. La Ley Orgánica del Banco Central estaba próxima a entrar en vigencia. Era objeto de intensa discusión pública, a causa de la delegación que los órganos de legitimidad democrática directa hacían a una institución independiente de la importante función de definir la política monetaria. Las razones para la autonomía eran muchas y poderosas. En lo personal, el tema me resulta cercano, porque tengo un recuerdo imborrable de mi participación en el grupo de trabajo que elaboró el proyecto que dio forma a la organización institucional del Banco Central que conocemos hasta hoy.

Un Banco Central independiente era una buena idea, que procuraba que el valor del dinero, esto es, el medio de comunicación más abstracto que ha inventado el ser humano, no perdiera su función de medida estable de todos los intercambios. Nada crea más confusión en las personas, ni más ineficiencias en la economía, que la inflación. Por algo varias de las mayores crisis políticas del siglo pasado son atribuibles directamente a las inseguridades y miserias creadas por la pérdida de valor referencial del dinero.

Así y todo, la restauración de la democracia estaba marcada por las sospechas respecto de los llamados enclaves autoritarios. Por cierto que los había, pero no era el caso del Banco Central, cuya organización y fines se correspondían exactamente con los modelos institucionales más exitosos en las democracias desarrolladas, que le sirvieron de modelo. Por eso, la integración del primer directorio fue decisiva para lograr su aceptación generalizada. Que Andrés Bianchi haya elegido el tema de la autonomía del Banco Central desde la perspectiva de su origen y legitimación es sintomático de lo que ocurrió bajo su presidencia, la primera bajo el nuevo ordenamiento.

Nuestro nuevo académico valora en extremo su independencia. Y esta característica personal, que rara vez abre oportunidades en el ámbito público, se mostró determinante al momento de buscar a quien habría de ser el primer Presidente del nuevo Banco Central. La nominación del primer consejo fue una de las más importantes negociaciones entre el gobierno militar que entregaba el poder y la nueva coalición política que constituía la nueva mayoría democrática.

En Andrés Bianchi recayó el acuerdo para que ocupara la función delicada de ser el hombre prudente e informado, que no pertenecía a ningún mundo político conocido. Su discurso de incorporación nos ha mostrado este momento de nuestra historia en que el ordenamiento institucional dio ese paso decisivo. La esencialidad de ese paso institucional radica en que es condición necesaria para otros fines públicos.

La separación funcional de la política monetaria de las demás políticas públicas se produjo formalmente por la elevación a un carácter constitucional de una función pública esencial para la estabilidad económica y gracias a una ley orgánica de extensa discusión técnica sobre una base comparada.

Sin embargo, esa decisión pública fundamental, que tenía su antecedente en las más exitosas experiencias de buen gobierno de la economía, acerca de que el Banco Central se constituyera como un poder relativamente neutral, generalmente aceptado como una institución legítima en un estado constitucional de derecho, pasó por un proceso de convencimiento práctico acerca de sus virtudes.

Su legitimidad, entendida como disposición general a aceptar al Banco Central como una institución independiente, se ha debido al convencimiento compartido de que es un excelente arreglo institucional para asegurar en el largo plazo la estabilidad en el valor del dinero, que sólo puede ser lograda si aquél puede cumplir sus funciones esenciales con independencia de las directivas del Gobierno y del Parlamento. Sin ese acuerdo implícito, respecto a las ventajas de un Banco Central independiente, éste no habría adquirido el asentamiento que ha logrado con el tiempo. Ese rol público que Andrés Bianchi desempeñó por un breve período de dos años, es mucho más relevante por su significado que por su extensión.

Es sintomático que su siguiente función pública relevante haya sido como embajador en los Estados Unidos bajo la presidencia de su antiguo amigo y compañero de ayudantía en la cátedra de Alberto Baltra, Ricardo Lagos. Mantener un delicado equilibrio entre la decisión política del Gobierno de Chile de oponerse en el Consejo de Seguridad a dar apoyo a la invasión a Irak y el interés del país por llegar a un acuerdo de libre comercio, podrá ser tenido por uno de los episodios más significativos en la historia de las relaciones internacionales de nuestro país. Con sigilo, incansable pertinacia y extremado profesionalismo Andrés Bianchi integró y dirigió un espléndido equipo de trabajo en la embajada, y se dio a la tarea de convencer a cada uno de los agentes políticos y de opinión relevantes de que el tratado era conveniente para ambos países y de que Chile debía ser tenido por elegible por su dignidad y confiabilidad institucional.

El tratado fue un paso esencial en la consolidación de la definición estratégica del país por una economía abierta. En un esfuerzo sin precedentes en este tipo de negociaciones, la embajada no contrató agencias de lobby, sino realizó un paciente plan de ilustración, basado en hechos duros, que mostraba las ventajas del tratado, que paulatinamente fue desmontando las reticencias en ambos lados del espectro político norteamericano.

Es interesante que las principales tareas públicas de Andrés Bianchi hayan estado vinculadas a cuestiones institucionales, como son las que desempeñó como Presidente del Banco Central, en el establecimiento de esta institución, y como embajador ante los Estados Unidos en la negociación de un tratado de libre comercio. La ruta pública e intelectual de Andrés Bianchi ha estado precisamente marcada por una mirada institucional hacia cuestiones económicas, como se muestra en el tema que ha elegido para su discurso de incorporación a esta Academia. Es sintomático de su ruta intelectual que haya participado en dos momentos claves en la consolidación de una economía de mercado en el país a pesar de que su biografía podría indicar que su punto de partida estuvo más bien lejano. Lo cierto es que conozco pocos intelectuales menos ideológicos que Andrés Bianchi. En la célebre dicotomía de Isaiah Berlin, él es un zorro, abierto a la experiencia y al argumento, más que a las verdades bien cuidadas que son inmunes a la razón.

Su formación jurídica y económica, asociada a su interés por la historia, ha marcado sus destrezas políticas y profesionales. Su entusiasmo, empatía, rigor argumental y libertad interior le otorgan destrezas comunicativas que han sido decisivas en sus tareas académicas y públicas, así como en las de director de importantes empresas. Su recorrido ha sido tan extenso como amplios y diversos sus intereses.

La Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile ha elegido como uno de sus Miembros de Número a una personalidad que ha destacado en cada una de las múltiples actividades que ha realizado. Su secreto radica en ser de aquellas personas escasas, que no reconocen directivas de grupos o partidos y que atiende con respeto a las ideas y creencias de los demás. Esas han sido virtudes muy valiosas en su historia personal en todos los ámbitos en que se ha desempeñado. Y han resultado decisivas en las importantes contribuciones que ha hecho al país.

Esas cualidades son particularmente importantes en una institución como esta Academia, que hoy lo recibe como uno de sus Miembros de Número, cuyo sentido es la deliberación de personas que pensamos distinto y profesamos distintas ciencias, pero que intentamos en común un mejor discernimiento de nuestra sociedad chilena.

Me siento muy honrado de haber recibido el encargo de darle a Andrés Bianchi la bienvenida.